



Mary

Maria

ESPAÑOL

Agradecimiento

La Hna. Gregory Kirkus CJ (1910-2007), autora de esta breve biografía, pertenece a la Provincia inglesa y ha trabajado incansablemente para dar a conocer y amar más a Mary Ward.

Parte de este folleto ha sido ya publicado como introducción a *Mary Ward bajo la sombra de la Inquisición*, de Immolata Wetter CJ, publicado por Way Books. La autora agradece encarecidamente el permiso de The Way para difundir y utilizar este material en su breve biografía de Mary Ward.



B.P. 94 – 67038 Strasbourg – Cedex 2 – Francia

Tel: (+33) 3 88 78 91 91 - Fax: (+33) 3 88 78 91 99

www.editionsdusigne.fr - info@editionsdusigne.fr

Diseño, Maquetación y Fotograbado: Atelier du Signe - 107771

Derechos de autor del texto: © Congregation of Jesus Charitable Trust
and Way Publications 2006

Traducción: María Dolores de Miguel Poyard

Derechos de autor de las fotografías © Cecilia Goodman CJ 2007

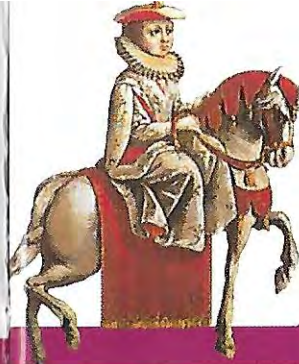
Derechos de autor de los dibujos © Geistliches Zentrum Maria Ward, Augsburg.

Foto Tanner, Nesselwang, Alemania

Derechos de autor del diseño y maquetación © 2008 Editions du Signe

ISBN 978-2-7468-2074-6 - Todos los derechos reservados - Prohibida la reproducción.

Impreso en la U.E.



Mary

Ward

Hermana Gregory Kirkus CJ

EDITIONS DU SIGNED



«Ésta es la historia
de una santa mujer
condenada por la Iglesia
a la que amó
y trató de servir.»

Marie Perle



Mary Ward
con sus padres

Mary Ward nació en 1585 en una familia de Yorkshire firmemente católica. El ambiente cálido de su casa contrasta fuertemente con las duras leyes anticatólicas impuestas por el Gobierno inglés. Fue un período en que la sociedad no podía imaginar la coexistencia pacífica de los católicos y los protestantes. La hostilidad entre las iglesias se agudizó en las últimas décadas del siglo XVI. La bula papal *Regnans in excelsis* de 1570 excomulgó a la Reina Isabel, y automáticamente liberó a sus súbditos de la obligación de obedecerla, situando así a todos los Católicos como traidores potenciales. Isabel podría haber sido Grande para sus cortesanos y "La buena reina Isabel" para muchos de sus súbditos, pero en el fondo era una mujer asustada, rodeada de países católicos hostiles, más poderosos que Inglaterra.

En 1588 la Armada Española, que se inició con una bendición papal y que se presentaba como una cruzada, sólo sirvió para poner en peligro aún más a los católicos, y la persecución se hizo general. Se consideraba el más atroz de los crímenes, permitir que un sacerdote celebrara misa, esto se castigaba con la muerte en la horca, el aplastamiento y el descuartizamiento; a su vez, esconder a un sacerdote se pagaba con la pena de muerte; y una larga lista de nuevas leyes penales trataba incluso ofensas menores como la posesión de los pequeños artículos de devoción. 'Se cernían nubes tormentosas sobre los católicos ingleses'.

En el mundo entero, los cielos se presentaban cargados de promesas, pues el siglo XVI ofrecía nuevas tierras para descubrir, libertades inexploradas para

disfrutar, nuevos caminos del saber, de arte y de ciencia para investigar. Pero Mary Ward no se mostró especialmente interesada por las oportunidades del atractivo nuevo mundo. En sus primeros años su camino espiritual discurrió por las líneas convencionales, y, como Santa Teresa de Ávila, anheló primero el martirio. Cuando en su adolescencia conoció la vida religiosa, dejó a un lado su fantasía infantil y formuló una firme decisión: «Me pareció que lo más perfecto sería ingresar en la orden más austera y apartada». Pero con la madurez comprendió que la mera austeridad no es suficiente. La simple búsqueda de la voluntad de Dios podría ser más rigurosa que cualquier norma religiosa, y conllevar una agonía de la mente y el espíritu mayor que el martirio infligido por cualquier cilicio.

Vocación:
oyendo a
Margarita
Garrett



Obtuvo el permiso de sus reacios padres y cruzó el Canal inglés para seguir su vocación en la seguridad relativa de Flandes. La Providencia la condujo a las Clarisas de Saint Omer, donde la admitieron como hermana lega. Como tal, fue excluida del rezo del Oficio Divino y de los turnos diarios de la oración. Aunque decepcionada por esto, realizó su humilde tarea con fidelidad, y se dijo a sí misma que era feliz. Pero entonces experimentó una serie de revelaciones divinas que siguió fielmente, aunque a veces andando a tientas en la oscuridad.

Mary Ward va
a Saint Omer
1606



En la fiesta de San Gregorio, el 12 de marzo de 1607, el Visitador General de los franciscanos fue al convento, y le dijo que no era la voluntad de Dios que se quedara como una hermana lega. Y como había llegado a amar a la Pobre Orden de Santa Clara, dejó la casa de Saint Omer y fundó una nueva casa para Pobres Clarisas inglesas en Gravelines, donde ella habría estado conforme con pasar el resto de su vida como una hermana de coro. Pero en la fiesta de San Atanasio, el 2 de mayo de 1609, se dio cuenta, por una fuerte experiencia espiritual, que Dios le pedía "algo distinto", todavía no definida. Dejó Gravelines con hondo pesar y regresó a Inglaterra.

Asu llegada, pasó algunos meses en el trabajo apostólico y convocó a jóvenes amigas dispuestas a asociarse con ella en una nueva aventura. La confirmación de que se avecinaba alguna gran tarea vino con una experiencia espiritual llamada habitualmente 'la Visión de Gloria'. Mientras estaba arreglando su pelo como cada día, María cayó en un éxtasis que duró dos horas y la dejó convencida de que tenía una misión, aunque no supiera de qué tipo:

Comprendí que el trabajo a realizar no era un convento de Carmelitas, sino una cosa que agradaría a Dios mucho más y le daría mayor gloria de lo que yo puedo decir, pero no me dijo los detalles acerca de qué clase de trabajo iba a ser o cómo se iba a hacer.

A fines de 1609, o posiblemente a principios de 1610, regresó a Saint Omer, llevando con ella un grupo entre las que estaban Winefrid Wigmore, Susannah Rookwood, Jane Browne y Catherine Smith. El pequeño grupo abrió una escuela para niñas, y vivió en gran austeridad, que, como decía María, no iba a ser una característica permanente de su sociedad, sino más bien un medio de descubrir la voluntad de Dios. Este modo de vida, semejante en todo a la vida religiosa, excepto en la clausura, desencadenó una tormenta de críticas entre los varones, en su mayoría clérigos conservadores; y las compañeras fueron apodadas 'Galloping Girls' ('Damas intrépidas').



La Visión de
Gloria 1609



Toma lo mismo de la Compañía

Sin embargo, en esta etapa, su forma de vida no suponía una innovación sorprendente. Grupos de piadosas mujeres, con una vida en común y un apostolado compartido, no eran extraños en el norte de Europa, y se encontraban también en el sur, así, por ejemplo, en Roma. Las Beguinas estaban en Flandes desde el siglo XIV; y los siglos XVI y XVII, con el impulso creativo de la época, vieron la creación de sociedades fundadas por mujeres como San Frances de Roma, Santa Ángela de Merici, y Juana de Lestonnac. Muchos de estos pequeños grupos respondían a una necesidad local y se amparaban en la protección del obispo local.

La pequeña sociedad de Mary Ward podría haber disfrutado de una tolerancia similar, al menos mientras sus ambiciones fueron modestas; pero desde el principio sus adversarios tuvieron un arma poderosa en sus manos. El Concilio de Trento (1545-1563) había reiterado que no debían fundarse más órdenes religiosas y que todas las religiosas debían observar estricta clausura — una disposición que limitaba su actividad a poco más que oración, vida doméstica y educación de unas pocas niñas en el claustro. Incluso el primer objetivo de Mary, mucho más limitado, de educar a las niñas inglesas para conservar la fe y transmitirla a las generaciones siguientes, parecía peligrar. Pero entonces apareció una nueva directiva divina, que parecía impulsarla desde lo improbable a lo imposible.

La mala salud y el sufrimiento físico la acompañaron toda la vida, y en 1611 Mary cayó gravemente enferma. Durante su recuperación tuvo una experiencia tan importante que debe ser contada con sus propias palabras.

En este tiempo, en el año 1611, estando sola en un extraordinario reposo de la mente, escuché claramente estas palabras, y no por el sonido de la voz, sino que las comprendí intelectualmente: 'Toma lo mismo de la Compañía'. Así comprendimos que teníamos que tomar lo mismo, tanto en la materia como en la forma, salvo lo que Dios, por la diversidad de sexo, había prohibido. Estas pocas palabras dieron una luz tan grande a este Instituto, con suavidad y fuerza, que cambió así toda el alma, sin dudar ni poder dudar de que habían venido de Él, cuyas palabras son obras.

'La Compañía' se refería a la Compañía de Jesús, fundada en el siglo anterior por San Ignacio de Loyola, un noble vasco. Los jesuitas fueron fundados para las 'misiones'. Ignacio y sus primeros compañeros se habían puesto al servicio del Papa para ser enviados por él donde viera que no se atendía una necesidad. En un siglo, contuvieron el avance de la herejía en Europa, extendiendo la fe por tierras recién descubiertas, fundando escuelas y universidades, y ayudando por todas partes a los necesitados. La movilidad y la disponibilidad eran sus características claves; no llevaban ningún hábito religioso distintivo, no rezaban el Oficio divino, y no hacían ningún voto de estabilidad en ninguna casa religiosa.



La imaginación de Mary Ward se dispararía al pensar en unas mujeres siguiendo semejante vocación: el pequeño grupo en Saint Omer debía ampliarse a una sociedad abierta a las necesidades no sólo de los católicos ingleses, sino del mundo entero; las actividades de la escuelita se expandirían, y atenderían las necesidades de gentes de todo el mundo.

Aparte de los problemas ya mencionados, había enormes obstáculos bloqueando el camino, San Ignacio había prohibido expresamente la fundación de una rama femenina de su Sociedad, probablemente porque temía que una orden de mujeres nunca podría compartir el carisma jesuita de la movilidad. Aunque la fundación de Mary Ward nunca buscó formar 'un solo cuerpo con la Sociedad ni estar de ninguna manera subordinada a ellos', es casi seguro que los jesuitas se opondrían a unas mujeres que intentaban seguir un modo de vida similar al suyo. Y, sin embargo, ésta era la tarea recibida de Dios por María.

Ella no necesitó ningún empuje adicional para acompañar a las almas y ponerlas en el camino de la salvación. Ya en 1609 en Coldham Hall y en Londres había fortalecido la fe de los débiles y había reconducido a los alejados a la práctica de la fe. Entre los años 1611 y 1619, con la certeza de una misión divina, María hizo frecuentes visitas a Londres y organizó un apostolado clandestino cuyos miembros, dirigidos por Susanna Rookwood, se encontraba ahora en Spitalfields, ahora en Hungerhouse, o en Knightsbridge o en Strand, pues los espías estaban en todas partes, tratando de rastrear sus actividades. Tomaron nombres falsos para despistar y se acercaron tanto a las cuellos adornados, brillantes tafetanes o ricos brocados de los ricos, como a las modestas casas de los pobres. Cada movimiento que hicieron fue siempre en función de su apostolado; enseñaron a los ignorantes y los prepararon para los sacramentos, alentaron a los perseguidos, y visitaron a los presos en sus celdas malolientes, llevándo-

les alimentos y otras necesidades. Ellas mismas fueron a veces encarceladas, pero permanecieron impávidas. No es de extrañar que el arzobispo de Canterbury dijera que Mary Ward estaba haciendo más daño que seis jesuitas.

Pero María no sólo era pragmática. El éxito día a día en esta o en cualquier otra esfera de su actividad no bastaba para garantizar la continuidad de su obra. Consultó a su confesor jesuita, el Padre Roger Lee, y pudo ser él quien, como respuesta, trazó un esbozo de Constitución para la propuesta de una nueva Sociedad. Aunque incluía algunas características de San Ignacio, sin embargo, insistió en la clausura, y era demasiado monástica para que María la aceptara. Entonces se dedicó ella misma a trazar las líneas generales de su plan. La tarea, llevada a cabo durante los intervalos de las visitas a Inglaterra y otros asuntos, tardó tres años en completarse, pero finalmente el documento fue llevado a Roma en 1615 por Thomas Sackville, un amigo de confianza de los exiliados ingleses, y se presentó al Papa

Mary Ward en Londres, disfrazada como una criada



Pablo V. El Santo Padre lo acogió positivamente, de forma que su aprobación en un futuro cercano parecía promesa oficial. Este plan, llamado Ratio Instituti, insistía en la liberación de la clausura, de las pautas de la vida monástica, y de las formas establecidas de penitencia.

El año 1616 se produjo un significativo giro en los acontecimientos. María hizo su primera fundación en Liège y allí se reunió con el Padre Juan Gerard SJ (alias Tomson), que pasó a ser su confesor. Era un hombre generoso, pero imprudente, y probablemente es él quien prestó a María una versión de las Constituciones de los jesuitas en inglés. Ella las leería ávidamente, copiando para ella, palabra por palabra, la mayor parte de las Fórmulas del Instituto (la bula papal constitutiva de la Compañía de Jesús), y las convirtió en la piedra angular de un nuevo y definitivo plan.

Este documento definitivo, elaborado durante los años siguientes, muestra claramente lo que ella quería.

Respetó la resistencia de Ignacio a asumir el gobierno de religiosas, y puso en su lugar un gobierno independiente, bastante separado del de la Compañía de Jesús. Pero, dado el volumen de los préstamos tomados de San Ignacio y su insistencia en el gobierno libre del control episcopal, despertó necesariamente la oposición tanto en las filas de jesuitas como en el clero diocesano.

El trabajo de María en las Constituciones fue interrumpido

Mary Ward
Peregrina.
Tapiz de
Bernadine
Weber CJ



vido en 1619 por una lamentable división entre sus compañeras acerca de la forma que debería tomar su Instituto. Una tal Hermana Praxedis afirmó conocer mejor que la misma Mary Ward lo que el instituto debería ser. La fundación de las casas en Trier y Colonia fue más lenta, pero finalmente, en octubre de 1621, María y un pequeño grupo de hermanas partieron para Roma para presentar su valiente plan ante el Papa. Su sorprendente viaje de unas 1.500 millas, realizado a pie entre pasajes nevados y ejércitos en guerra, terminó en la Nochebuena, cuando la pequeña compañía con atuendo de peregrino entró en la ciudad por la Puerta del Popolo.

María confía en que sus propuestas reflejan la voluntad de Dios, y en que serán recibidas favorablemente. Cuatro días después de su llegada tuvo una esperanzadora audiencia con el Papa Gregorio XV. Pero él no se ocupó personalmente de la solicitud de aprobación, sino que abandonó el caso en manos de la Congregación de Obispos y Superiores de Regulares, donde encontró poca acogida. En efecto, el instituto propuesto fue echado abajo. María, sin embargo, no fue informada directamente de ello. Una visita al General de los jesuitas, Mutius Vitelleschi, fue también decepcionante. Le impresionó la santidad y la sorprendente personalidad de María, pero se sintió obligado por lo que él consideraba que eran las directrices de San Ignacio.



Mary Ward:
sombrero de
peregrino y
zapatos



Siguieron años de espera. María, siempre activa, abrió una pequeña escuela en Roma. Pero las nubes tormentosas de la oposición fueron cobrando fuerza, y las murmuraciones contra las Damas inglesas, como llamaban a las compañeras de Mary Ward, comenzaron a tomar peligrosa forma documental. El clero secular inglés, que ya en 1622 había enviado a Roma cartas condenatorias, hizo, por una vez, causa común con los jesuitas. La oposición, reforzada por las resentidas declaraciones de Mary Alcock, una despechada mujer que había sido en un tiempo miembro de la Sociedad de María, adquirió enormes proporciones. Las acusaciones iban desde el desprecio de las normas de Trento sobre la clausura para las religiosas, hasta el desorden financiero y la extravagancia general. Se afirmó, falsamente, que las hermanas predicaban en público y usurpaban otras funciones sacerdotales. Mientras unos enemigos las despidieron como “frívolas charlatanas” y “errantes monjas”, otros intentaron incluso impugnar su honor y acusarlas de inmoralidad. Todo esto encontró fácil crédito en Roma. En la ignorancia de hasta qué punto la situación estaba complicada, María siguió haciendo una cadena de fundaciones, apoyando las casas de Nápoles y Perugia en la central de Roma. Pero la Congregación Propaganda Fide, recién fundada para la actividad católica del norte de los Alpes, elaboró ya sus primeros decretos en contra de las ‘Jesuitesas’.

Papa
Urbano VIII



En 1623 el cardenal Maffeo Barberini fue elegido Papa Urbano VIII, y recibió a María en una cordial audiencia. Pero se mostró con ella tan voluble como con Galileo, a quien acabó tratando tan duramente aunque antes había sido su amigo. Una Comisión especial se abrió para tratar con las Damas Inglesas, y comenzó el lento proceso de desmantelamiento de su sociedad; así una por una todas las casas italianas fueron suprimidas. María viajó al norte y en 1627, por el deseo del Elector



Maximiliano I de Baviera fundó la Paradeiserhaus en Munich para la educación de las niñas que se encontraban hasta ahora desprotegidas. Entonces, desconocía el verdadero estado de la situación, y contando únicamente con la buena voluntad del emperador Fernando II, realizó fundaciones similares en Viena (1627) y Presburgo, ahora Bratislava (1628), e hizo también un intento frustrado de fundar en Praga (1628).

Pero se aceleraron los acontecimientos y se llegó al punto culmen de la tragedia. En un período de confusión, los malentendidos e incredulidad de María ante la realidad de la situación se agravaron por la falta de comunicación por parte de las autoridades eclesiásticas. María y sus fieles compañeras se enfrentan a esta situación sin formación en derecho canónico, sin ningún conocimiento de la práctica judicial eclesiástica, y sin experiencia de los complejos procedimientos y de la intrincada diplomacia de la Curia Romana. En enero de 1629 la Propaganda Fidei emitió el decreto de supresión de las Jesuitesas inglesas. Antes de publicarse el decreto, María, oyó rumores del mismo, y fue deprisa a Roma para pedir una vez más la

Viaje en coche
a Munich, 1626

my dear child, I should have writ you some
 few lines, but for the last of things hath so
 pld me wth letters this evening as to want
 time. but I have no great sollicitud how to
 give you content whas content is my cas:
 be very carefull of your health, carry
 your self lyke a man in care and religi-
 ons affection to all under your charge
 particulerly to me? Mary: Gexison to
 whom you must commend me, I begg
 both your prayer & Jesus keep you
 Yours Marie: Ward

Una carta de
 Mary Ward

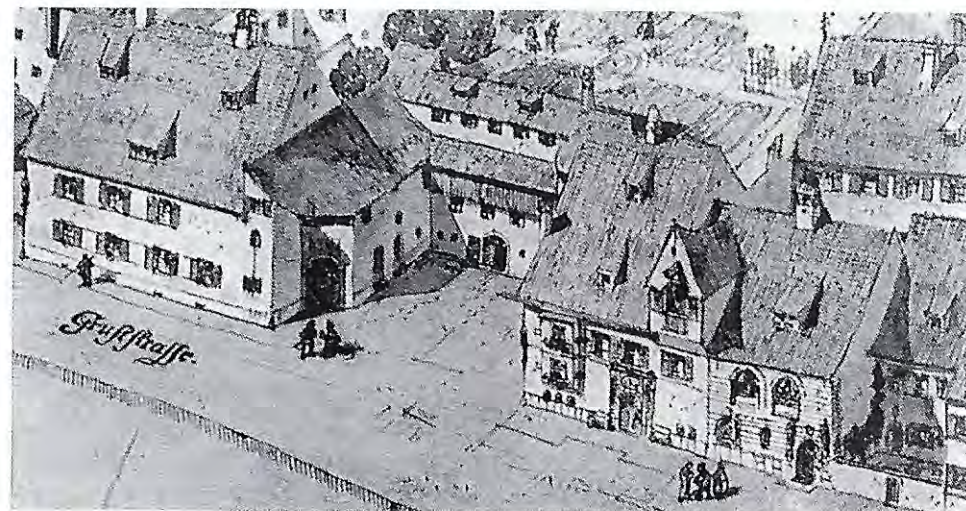
aprobación del Papa. En mayo Urbano VIII le concedió una audiencia en Castelgandolfo, y salió razonablemente satisfecha. Se vio alentada por una invitación a debatir sobre su sociedad, expedida por una Congregación particular de cuatro cardenales, nombrados para 'asesorar y reflexionar' sobre su caso. Así que, a pesar de los rumores y de la supresión de la casa de Saint Omer, en enero de 1630, María no podía creer que la autoridad del Papa estuviera detrás de estos hechos, o que el Papa tomara ninguna medida importante sin notificársela a ella. Fue esta convicción la que la llevó a escribir la fatal carta del 6 de abril de 1630. Dirigió la carta a sus comunidades de Tréveris, Colonia y Lieja, advirtiéndoles, de buena fe, que no hicieran caso de ninguna orden de supresión. La carta no llegó a Lieja hasta varios días después de la clausura definitiva de la casa y el sometimiento de la comunidad. Luego, confrontado con las órdenes de Mary Ward, el pequeño grupo que quedó en la casa sufrió todo el dolor de la lealtad dividida, la carta llegó al Nuncio Pierluigi Carafa, quien la consideró un acto grave de desobediencia a la

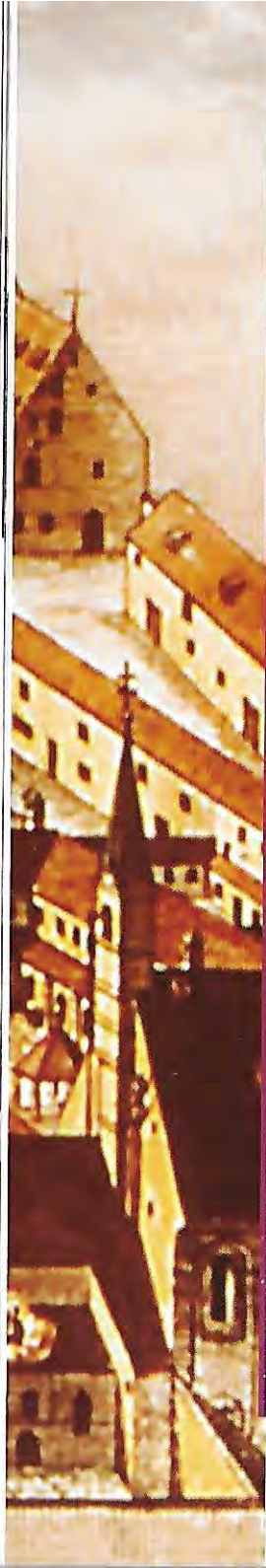
Iglesia, y la envió a Roma. El caso de Mary estuvo pronto en manos del Santo Oficio, comúnmente conocido como la Inquisición.

Mientras tanto, convencida aún de que su sociedad estaba debidamente constituida, Mary siguió actuando como Superiora General. En junio de 1630 admitió en Munich a algunas novicias, y al final del mes nombró visitante de las casas de la zona septentrional a Winefrid Wigmore. Winifred llegó a Lieja en agosto. Al defender la autoridad de María Ward como Superiora General, y creer en la validez de su resolución del 6 de abril, entró en conflicto con el Nuncio Carafa, que había ejecutado las órdenes de supresión. Éste ordenó el interrogatorio de las hermanas que quedaban en Lieja, Y es lamentable que se lee en las actas. Pone de manifiesto que el hábil interrogatorio del Nuncio aturde a las inexpertas compañeras, que tratan de seguir siendo fieles a María Ward.

Mientras estos hechos se prolongaban en el norte de Europa, el Santo Oficio en Roma lo tenía claro. El 5 de diciembre se ordenó que Mary Ward fuera encarcelada

Casa de
 Paradeiser,
 Munich





en Munich, y Winefrid Wigmore en Lieja. El 13 de Enero de 1631 el Papa mismo dio el golpe de gracia definitivo, al promulgar la bula *Pastoralis Romani Pontificis*. No pudo hablar más categóricamente. En primer lugar, afirmó su autoridad y, a continuación, enumeró las acusaciones contra las Jesuitas inglesas. Desafiando la clara normativa de la Iglesia, dice, creen haber fundado una nueva orden religiosa, regida por una Superiora General ante la que hacen votos de castidad, pobreza y obediencia. Visten un hábito propio y trabajan en obras no aptas para el sexo débil. Todo esto lo hacen sin guardar la clausura y sin la aprobación de la Sede Apostólica. Han hecho caso omiso de las advertencias oficiales y han proferido muchas cosas contrarias a la buena doctrina. Después de esta velada acusación de herejía, el Papa llega a la conclusión de que ese engendro venenoso en la Iglesia debe ser destruido de raíz. Y así, con elocuencia innecesaria, decreta que la supuesta congregación de mujeres llamadas Jesuitas es nula de pleno derecho, y que debe ser absoluta y completamente suprimida, arrancada, destruida y abolida.

La respuesta de Mary en Munich fue inmediata y clara. El 2 de febrero ordenó a sus hermanas obedecer las órdenes del obispo y someterse a la supresión. Pero su propia sentencia estaba aún por venir. Las condiciones eran muy duras, pero no crueles, según las normas contemporáneas. El 7 de febrero el Dr Golla, decano de la Frauenkirche de Munich, se presentó en la Paradeiserhaus. Actuaba bajo las órdenes del Papa y el Santo Oficio, y ejecutó una orden de detención de María. Sólo Mary Poyntz, superiora de la casa, y Elizabeth Cotton, secretaria de María, estuvieron presentes en la entrevista. María acató su detención, pidiendo sólo que se le permitiera despedirse de la comunidad. No se le permitió, pero, por su mal estado de salud, dejaron que la acompañara Anne Turner, una hermana lega que



desde hacía mucho tiempo era su asistente y enfermera. Mary Poyntz y Elizabeth Cotton acompañaron a las presas a la puerta de la casa y vieron salir el coche.

El Angerkloster, un convento de Clarisas, era el lugar de reclusión elegido. Las monjas esperaban a una monstruosa hereje, pero los dos frailes franciscanos, que, como Superiores del convento, estaban allí para recibirla, se conmovieron con su mansedumbre y humildad. Sin embargo, María y su acompañante fueron encerradas en una celda pequeña y sucia, con falta de aire y de luz, sin calefacción, y en total aislamiento; a la comunidad se le prohibió ir a hablar con ellas. Estaba prohibido el material de escritorio, pero, según la costumbre, se permitía que los amigos de las prisioneras les llevaran la comida y la ropa limpia.

Así, los paquetes de la Paradeiserhaus fueron entregados a diario, y además, a pesar de las restricciones, se

Convento de
Anger, Munich

estableció pronto un método de comunicación por medio de jugo de limón y el papel donde envolvían la ropa para lavar. Se han conservado veintitrés frágiles cartas escritas con jugo de limón. Al curiosear sobre su contenido íntimo, brotan vívidas imágenes en nuestra mente. En el Paradeiserhaus, la desolada comunidad pasa en oración el día entero, hasta que Mary prohíbe todas las vigili-
as de la noche, y les ordena acostarse pronto cantando una alegre canción. Desde el Angerkloster, María describe su celda, y afirma, con una alegría tal vez un poco forzada: 'unas veces nos helamos, y otras nos asamos'. A pesar de su propio sufrimiento, hace lo indecible por mantener el ánimo de sus compañeras, con exhortaciones como "Estad alegres, y no tristes." Pero lo que destaca más claramente es la finura de la santidad de María por su total aceptación de la voluntad de Dios. Padece dolor físico, humillación pública, y la aparente destrucción de la obra, y, sin embargo, aún puede escribir:

10 de Febrero

Efectivamente, mi salud es lo peor, pero, a pesar de todo esto, Dios proveerá, vosotras y yo debemos estar contentas hasta que Nuestro Señor disponga otra cosa.

15 de Febrero

¿Quién sabe lo que Dios ha determinado con estos contratiempos? En verdad, ni ellos ni yo, y no quiero saber, ni tener otra cosa que Su voluntad. Estad alegres y no dudéis de nuestro Maestro.

16 de Febrero

Si Dios me hiciera morir, yo no viviría. No es sino pagar la renta un poco antes de tiempo.

No cabe duda de que los paquetes de comida contenían todo el alimento que la comunidad podía conseguir, y su oración intercesora fue siempre viva, pero

se deterioró la salud de María en la pequeña celda. El deán Golla dio órdenes de que la asistiera un médico, pero se temió por su vida, y se la trasladó al locutorio para que la despidieran sus apenas compañeras. Una vez más ella se recuperó. En abril Golla, anticipó compasivamente la autorización de Roma, y le permitió volver a la Paradeiserhaus. Pero no era, en absoluto, una mujer libre, pues se encontraba bajo la orden de comparecer en Roma para el juicio. Salió de Munich el 24 de octubre, y, debido a las condiciones climáticas, a su mala salud y a un retraso en Bolonia por la peste, llegó a Roma el 4 de Marzo de 1632. No tuvo lugar nunca ningún juicio pues, a los pocos días de la llegada de María a Roma, se le concedió una audiencia papal. Postrada a los pies del Papa, declaró: "Santo Padre, yo ni soy, ni he sido nunca una hereje"; y recibió una consoladora respuesta: "Lo creemos, lo creemos". Ninguna otra medida se tomó hasta el 26 de mayo, cuando los cardenales de la Inquisición declararon que ni María ni

San Pedro,
Roma 1630,
Viviano Codazzi





Escudo de la
Familia Ward,
de la Catedral
de Ripon

sus compañeras eran culpables de ninguna falta contra la fe de la Iglesia. Tales concesiones deberían revitalizar el optimismo de Mary, pero sus esperanzas se vieron sólo parcialmente justificadas. Urbano VIII no revocó ninguna de las afirmaciones de su Bula, ni suavizó ninguna de sus duras expresiones, y el Santo Oficio le prohibió salir de Roma sin su permiso. Se trata de una extraña y ambigua situación. María quedó libre de la acusación de herejía, pero permaneció todavía bajo la sombra de la Inquisición. El Papa

elogió públicamente su santidad, y le envió un generoso subsidio de pan y de vino, pero se mantuvo implacable en su negativa a reconocer su Sociedad.

En el resto del mundo, el Instituto estaba en ruinas. Con la supresión de las casas, la mayoría de sus miembros lo habían dejado, ya sea para volver a la vida secular, o para unirse a alguna orden religiosa reconocida. Sólo en Munich y Roma se las permitía vivir juntas en un número limitado, aunque como mujeres laicas. Además había algunas hermanas que actuaban dispersas como misioneras en solitario en Inglaterra y tal vez en otros lugares. En total, las que permanecieron fieles a María no serían probablemente más de cincuenta.

En estos años María sufría de cálculos renales. Ella y sus compañeras pidieron permiso regularmente para ir a tomar las aguas en el Spa, cerca de Lieja, con la esperanza de encontrar algún alivio. En el verano de 1637, después de un cólico agudo, el Papa por fin concede los permisos necesarios, acompañados de su bendición, y ordenando que fuera bien recibida en su viaje. Así Urbano VIII inicia una nueva etapa bajo el

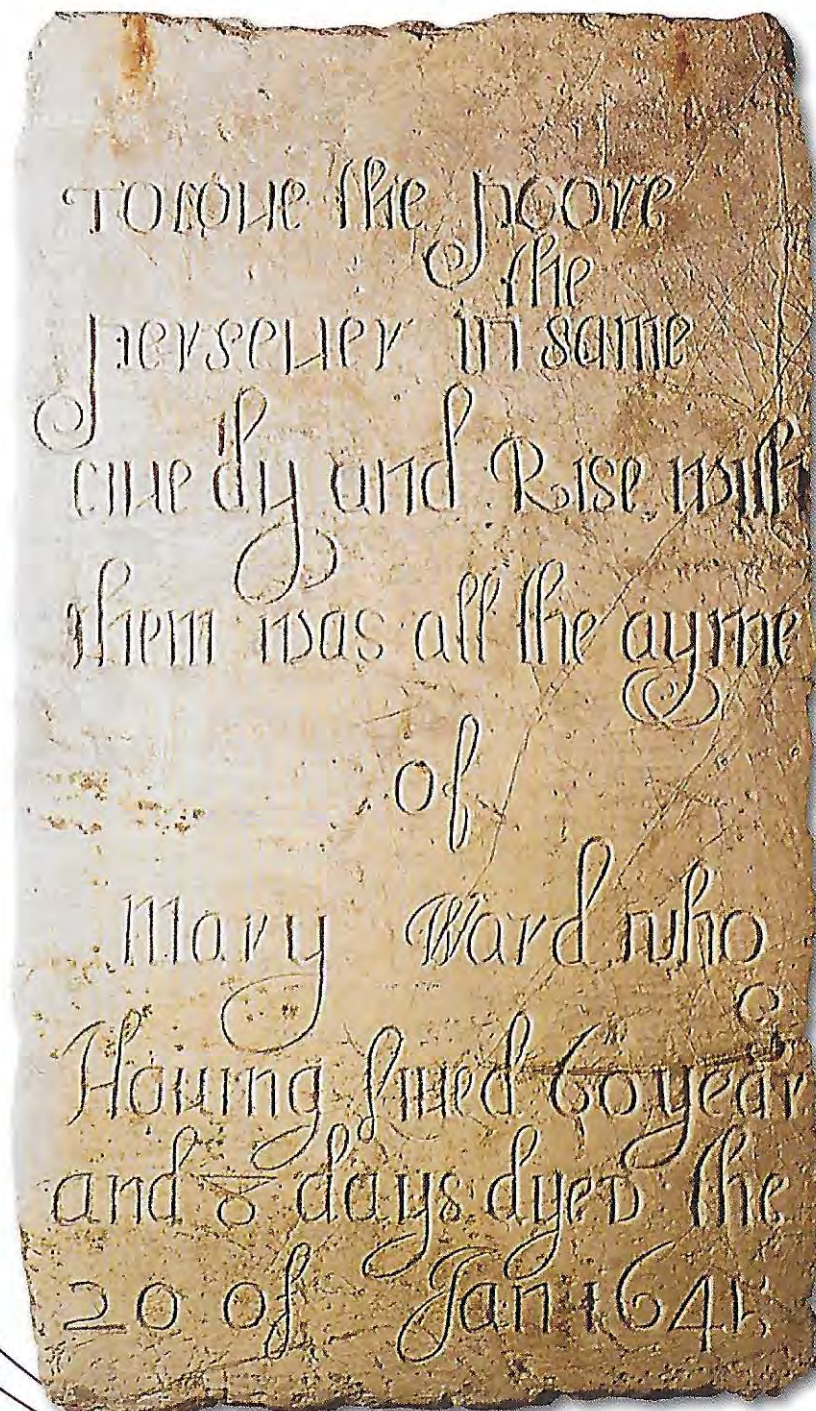
signo de la amistad. Hay pruebas, aunque los documentos no se han conservado, de que el permiso para el viaje se extendía también a Inglaterra. Pero después de ir a Inglaterra, María volvió a Roma.

Acompañada por Mary Poyntz, Winefrid Wigmore y Anne Turner, Mary Ward organizó su último viaje europeo en septiembre, pero no llegó a Spa hasta el verano de 1638. Encontró poco alivio allí, y así viajaron a Inglaterra, llegando a Londres en mayo de 1639. Serena y confiada, María espera abrir una escuela en la que ella llamaba "la gran ciudad", pero amenazaban nubes de guerra y el sentimiento anti-católico creció tanto que las compañeras decidieron abandonar la capital.

En abril de 1642 tres coches con las hermanas y los niños confiados a su cuidado partieron hacia el norte en un placentero viaje que terminó eventualmente en el pequeño pueblo de Heworth, cerca de York. Fue aquí en una casa prestada, no en la gran ciudad, donde se abrió una escuelita. La comunidad, que disfrutaba de unos pocos meses de tranquilidad, vio destrozada su paz por la Guerra Civil inglesa y el avance del ejército parlamentario que sitió York y las obligó a buscar refugio entre los muros de la ciudad. Cuando se levantó el asedio, regresaron a Heworth y se encontraron con que su casa había sido destruida por los soldados invasores, y sólo la capilla de la habitación de María, gracias a Dios, había quedado indemne.

En el otoño de 1644 estaba claro que María estaba gravemente enferma. Como estaba terminando el año, deseaba cada vez más tener noticias de las hermanas de otros lugares. Este tipo de noticias se podían conseguir sólo en Londres. Cualquier viaje tenía que hacerse a pie, pues no había dinero para el transporte; las condiciones meteorológicas en diciembre eran severas, y los ejércitos beligerantes estaban acampados





Lápida de Mary Ward en la Iglesia de Osbaldwick

en el camino. No era una agradable perspectiva para una mujer de sesenta años, pero Winefrid Wigmore, renunciando a su deseo de permanecer con María como su amiga más antigua, se ofreció desinteresadamente para hacer el viaje. Acompañada por una única criada, la intrépida mujer partió a principios de diciembre y regresó el 23 de enero, con cartas y consoladoras noticias de las hermanas ausentes.

Los sufrimientos físicos de Mary fueron grandes, pero no le faltó nunca la alegría y regañaba a sus compañeras cuando las veía tristes. El 30 de Enero convocó a su pequeña comunidad junto a su cama. Dirigiéndose a las pocas privilegiadas, les entregó su último testamento con la recomendación: “os exhorto a vivir vuestra vocación en la fidelidad, la eficacia y el amor”. Su última palabra antes de su muerte fue “Jesús”.

El vicario de la aldea vecina de Osbaldwick, enigmáticamente descrito como “lo bastante honesto como para ser sobornado”, ofreció un lugar para enterrarla, y la apenada comunidad acompañó el cuerpo desde Heworth hasta el cementerio de Santo Tomás. Como plañideros reunidos alrededor de la tumba, la sentencia absolutoria de Mary Ward, fue declarada no por el Papa, ni por los Cardenales del Santo Oficio, sino por la voz de la multitud de pobres y marginados, una voz que gritaba: “Nunca hemos visto una mujer como ésta, no, nunca”. El ataúd fue bajado a la tumba, donde el suelo inglés reclamaba el cuerpo de esta gran mujer inglesa.

Era un oscuro fin para una vida de grandes horizontes, aunque marcada por el desencanto. Pero no fue en absoluto el final de la historia. Las huellas de Mary son indelebles, y se pueden rastrear con claridad, casi cuatro siglos después. Fue una pionera – aunque no fue la única – en la promoción de la expansión de las religiosas en el servicio de la Iglesia. Con este fin



hizo contribuciones únicas, que permanecieron en el tiempo. Su inconquistable insistencia en la libertad de la clausura, negándose a aceptarla como “dos palos cruzados” como una barrera, le costó la aprobación pontificia, pero obtuvo una victoria donde otros habían sido derrotados. Al darse cuenta de que su misión iba a ser en todo el mundo, rechazó el gobierno episcopal, sustituyendo el gobierno por una Superiora General de su propia orden. Tales condiciones, que disfrutaban miles de religiosas que trabajan hoy en muchos ministerios, se dan ahora por hecho y rara vez se le atribuyen a María Ward, a quien se le deben. Pero no puede ser considerada como una feminista en el sentido moderno del término, porque su motivación no fueron los derechos de las mujeres, sino siempre la voluntad de Dios. En una petición dirigida directamente al Papa Urbano VIII en 1629 escribió de su obra:

Desde hace algunos años se entregaron a la oración y otros medios eficaces para conocer más exactamente la voluntad de Dios sobre su manera de servir a su Divina Majestad y a la Santa Iglesia. Dios mismo es testigo de que Su Divina Voluntad es y ha sido siempre su único fin y objetivo en la elección de esta forma de vida suya..

Su mensaje para la iglesia contemporánea no fue un grito por la igualdad con los hombres, sino una llamada para el reconocimiento de lo que las mujeres pueden hacer, y por la libertad de poner en práctica sus capacidades.

Respondió agudamente a las despectivas palabras: “No son más que mujeres”:

El fervor no depende de los sentimientos, sino de la voluntad de hacerlo bien, que las mujeres pueden tener, tanto como los hombres. No hay diferencia entre hombres y mujeres como para que las mujeres no puedan hacer grandes cosas.



Estatua de bronce de Mary Ward,
en Mainz por Karlheinz Oswald 2003

Las palabras son tan significativas hoy como entonces. Así también es eterna la importancia de Mary para la iglesia y el mundo de hoy. Las características de la santidad no cambian. Con su confianza en Dios, su perdón de sus enemigos, su valentía, determinación y alegría de corazón en el rostro ante todos los problemas, Mary Ward es un modelo para todo tiempo.

Para los religiosos tal vez lo más relevante es su mensaje de esperanza. Cuando Mary agonizaba en Heworth Manor, Winefrid Wigmore reunió a las pocas compañeras fieles que se encontraban en la casa, y dijo: "Todas están aquí". "Quisiera que todas estuvieran aquí" fue la sincera respuesta de Mary Ward, pues pensaba, sin duda, en las compañeras que trabajaban en otras partes, y en las que la habían dejado en el momento de la supresión. Sus compañeras, que habían sido cientos en otro tiempo, lamentablemente se reducían ahora a un pequeño grupo; pero, en los siglos siguientes el número de miembros se igualó e incluso se superó. Hoy en día, a pesar de que las órdenes religiosas se enfrentan a la disminución en el número, sus miembros están presentes en casi todos los rincones del mundo, y se dedican a trabajos hasta ahora impensables.

Por último, hay que destacar también que la importancia de María Ward va más allá del estado de consagración religiosa. La sociedad moderna ha reconocido que la palabra "vocación" se aplica a todos los aspectos de la vida. Cuando sus compañeras estaban ante su tumba en 1645, resonarían todavía en sus oídos sus últimas palabras: "Que su vocación viva en la fidelidad, la eficacia y el amor". Deberían resonar hoy en todos los oídos.

De las paredes
de la Catedral de York





Historia posterior

El Instituto apostólico fundado por Mary Ward a comienzos del siglo XVII fue aprobado por la Iglesia en 1877, con el nombre de Instituto de la Bienaventurada Virgen María. Desde mediados del siglo XVIII hasta fines del siglo XIX, para poder sobrevivir, el nombre de María Ward no podía asociarse con el Instituto. Pero, en 1909, recibió el reconocimiento oficial como su fundadora. En 1978, al Instituto de María Ward se le concedieron, con la aprobación de la Compañía de Jesús, las Constituciones de los jesuitas, por las que ella había abogado en 1621. En 2003 la "Rama Romana" del Instituto de Mary Ward adoptó las Constituciones de los Jesuitas completas y el nombre de Congregación de Jesús, siguiendo la visión original de Mary Ward donde el nombre formaba parte de la revelación recibida por ella en 1611: "Toma lo mismo que la Compañía (de Jesús)".

La primera fundación fue en Saint Omer en 1609, hoy las casas de la Congregación de Jesús se encuentran en Argentina, Austria, Brasil, Cuba, Chile, República Checa, Alemania, Hungría, Jerusalén Oriental, la India, Italia, Corea del Sur, Moldavia, Mongolia, Nepal, España, Rumanía, Rusia, Eslovaquia, Ucrania y Zimbabwe. En Inglaterra, el país de Mary Ward, el histórico Convento fue fundado en York en 1686. A partir de aquí, la rama de Loreto del IBVM fue creada por Teresa Ball en

Dublín en 1821 y ampliada durante los siglos XIX y XX. Las hermanas de Loreto partieron de Irlanda a varios países donde las comunidades se encuentran aún hoy: la India, Mauricio, Inglaterra, Canadá, EE.UU., Australia, Gibraltar, Sudáfrica, Arizona, España, Marruecos, Kenya y Perú. Algunos miembros están en misiones especiales al Sur de Sudán, Ecuador, Bangladesh, Seychelles, Albania, Timor Oriental, Zambia y Ghana. La rama del IBVM conserva el nombre del siglo XIX.

Ambas ramas miran a María Ward como su fundadora y, con tanto para compartir, se están uniendo cada vez más a otros trabajos apostólicos e interpretaciones del carisma de María Ward.

*"Ciertamente los miembros de esta compañía
tendremos que acostumbrarnos
a no actuar nunca desde el miedo,
sino sólo desde el amor, porque somos llamados
por Dios a una vocación de amor."
Mary Ward.*



Harewell, casa donde Mary Ward recibió su Primera Comunión

Otras

Chambers, Mary Catherine, IBVM/CJ. *The Life of Mary Ward*, ed James Coleridge SJ. 2 vols. (London: Burns & Oates, 1882, 1885). Disponible en librerías.

Orchard, Gillian IBVM/CJ. [Ed.] *Till God Will. Mary Ward Through Her Writings*, (London: Darton, Longman and Todd, 1985).

Peters, Henriette IBVM/CJ. *Mary Ward. A World in Contemplation*, trans. by Helen Butterworth IBVM/CJ. (Leominster: Gracewing, 1994).

Wright, Mary IBVM. *Mary Ward's Institute. The Struggle for Identity*, (Sydney. Crossing Press, 1997).

Littlehales, Margaret Mary CJ. *Mary Ward, Pilgrim and Mystic 1585-1645*, (London: Burns Oates 1998 and Continuum, 2001).

Lecturas

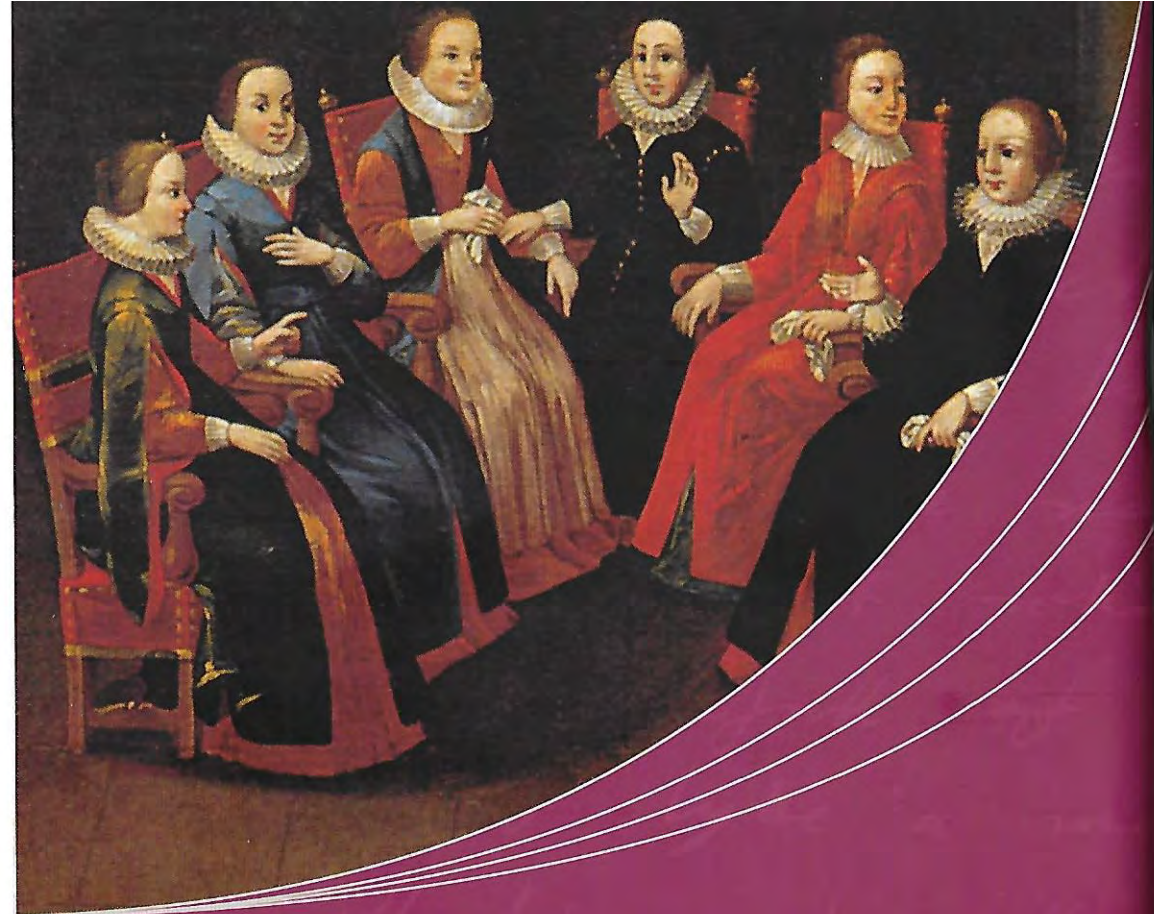
Cover, Jeanne IBVM, *Love the Driving Force. Mary Ward's Spirituality: Its Significance for Moral Theology*, (USA: Marquette University Press, 1998).
Reimpresión disponible en Way Publications, Campion Hall, Oxford.

Cameron, Jennifer IBVM. *A Dangerous Innovator. Mary Ward 1585-1645*. Strathfield, NSW. St Paul's Publications 2000.

Wetter, Immolata CJ. *Mary Ward under the Shadow of the Inquisition*, trans. by Bernadette Ganne and Patricia Harriss CJ. (Oxford, Campion Hall. Way Books 2006).

Kirkus, Sr Gregory CJ IBVM/CJ *Biographies*, (York, 2ª edición aumentada, Bar Convent Trust 2007).

Lopez Amat, Alfredo *Mary Ward il dramma di una pioniera* (Trento 1994)



Generalate
Congregatio Jesu (CJ)

Via Nomentana, 250
I-00162 ROMA
Tel. 0039-06-862202-1
Fax 0039-06-8607561
E-Mail: gencj@congresu.org
www.cjengland.org
www.mariaward.de
www.congregatiojesu.com

Generalate Institute of the
Blessed Virgin Mary (IBVM)

Casa Loreto
Via Massaua 3
I-00162 ROMA
Tel. 0039-06-86399701
Fax 0039-06-86399709
E-Mail: gensec@ibvmgen.org
www.ibvm.org

Mariae Mission